

LOS SISTEMAS BISMARCKIANOS

1. LA SITUACIÓN INTERNACIONAL EN LOS AÑOS 70

A partir de 1871, tras la derrota francesa en la guerra con Prusia y la proclamación, unos meses antes, del imperio alemán, el canciller Bismarck se convierte en el árbitro de Europa y las relaciones internacionales siguen sus directrices. ¿Se limitó a defender los intereses de Prusia? ¿O formuló planteamientos de mayor envergadura y fue el «gran arquitecto de la paz»? ¿O sería más exacto añadir que lo fue de la paz armada? Dejando a un lado los debates interpretativos sobre la figura del político alemán, es indudable que hasta

1890 se resolvieron los conflictos mediante habilísimas maniobras diplomáticas concebidas en Berlín y, en cambio, en los primeros años del siglo XX, las tensiones estallan y se suceden los hitos que conducen a la gran contienda de 1914. Es, por tanto, interesante analizar las relaciones internacionales del último tercio del XIX, y este análisis ha de tener como foco la personalidad del canciller germano.

El predominio de las grandes potencias se mantiene invariable desde 1815: Gran Bretaña, Rusia, Alemania (antes Prusia), Austria-Hungría y Francia protagonizan Congresos y conflictos. Gran Bretaña, potencia hegemónica en el mar, retiene el control de las vías oceánicas y vigila el equilibrio continental, procurando impedir el nacimiento de otra potencia terrestre «napoleónica»; la Rusia zarista, que ha encontrado en los inmensos espacios siberianos un campo de expansión demográfica y económica, se considera guardiana del oro den en el plano ideológico y procura ampliar su salida hacia el mar Negro y los estrechos, objetivo que explica su comparecencia en la cuestión balcánica; Austria-Hungría, convertida en imperio dual desde 1867, contempla cómo la unidad alemana se ha hecho sucesivamente contra ella y sin ella y, en consecuencia, entiende que su única dirección de engrandecimiento se encuentra en el sur; Francia, vencida en la guerra, se afana otra vez, como en 1815, en no perder su estatuto de gran potencia y se orientará hacia la expansión colonial. Este cuadro de cuatro potencias nos presenta el escenario crucial: las ambiciones de Viena y San Petersburgo confluyen en el espacio danubiano; los penúltimos -y los últimos- episodios de la cuestión de Oriente reflejan este antagonismo. La Alemania imperial goza del prestigio de su victoria en 1871 y aparece como una gran potencia económica y territorial, que controla los ejes del continente. Se han elaborado índices de potencialidad basados en la población, producción de carbón, acero y trigo, y volumen de comercio total, según los cuales Gran Bretaña posee hacia 1871 un potencial equivalente a casi el doble del alemán; en 1900 Alemania, que ha pasado del cuarto puesto al segundo, se le ha acercado, y en 1914 ha rebasado claramente a aquélla.

Para los diplomáticos de los decenios finales del XIX la noción de seguridad se apoya en fronteras fácilmente defendibles: el territorio ocupado es el fundamento del Estado. Pero también deben contabilizarse los recursos naturales y humanos. Después de las unificaciones italiana y alemana el mapa político de Europa se ha simplificado. El ideal que se sostiene en los Congresos internacionales es el mantenimiento del equilibrio, sobre el supuesto de que el Viejo Continente ha encontrado ya su isostasia; frente a este *desideratum* estático, los designios expansivos de austriacos y rusos surgen como factor de perturbación.

Sea para mantener el estatuto territorial de 1871, sea para defender la comparecencia en el reparto de la herencia del imperio turco o para conquistar posiciones coloniales fuera de Europa, las grandes potencias se afanan en incrementar su fuerza militar. El ejército alemán pasa de 400.000 a 500.000 hombres y dispone de reservas instruidas que le permitirían hacia 1885 poner en pie de guerra 1,8 millones de soldados; Francia instaura el servicio militar

obligatorio mediante las leyes de 1872 y 1873; el servicio en filas dura en Rusia cinco años. La carrera de armamentos se acelera y adquiere importancia el espionaje militar, prueba de ello es el asunto Dreyfus. Gran Bretaña mantiene como objetivo prioritario la supremacía naval ya partir de 1889 define el principio del *Two Power Standard*, según el cual la flota británica debería equivaler a la suma de las dos marinas extranjeras más fuertes (en ese momento las de Francia y Rusia).

Después de una larga etapa de liberalismo económico, la mayoría de las naciones europeas regresan al proteccionismo en las relaciones comerciales. Sucesivamente España, Rusia, Italia, Austria-Hungría, Suiza, más tarde Alemania y Francia, establecen tarifas aduaneras protectoras de sus propios productos frente a la competencia extranjera; sólo Gran Bretaña y los Países Bajos sostienen el libre flujo de las mercancías. Las causas de este viraje que dura hasta 1914 son el cambio de la tendencia de la economía mundial, que pasa de una fase de prosperidad a otra de contracción, y el desarrollo del transporte marítimo, que permite la afluencia a los mercados europeos de productos agrícolas de otros continentes a bajo precio. La crisis económica de 1873 es el aldabonazo que señala un periodo de dificultades.

De este panorama conviene retener algunos rasgos principales:

- *Existe un deseo de equilibrio* y de mantenimiento de la situación territorial del continente europeo.

- *Existe un foco de perturbación en los Balcanes*, donde las apetencias expansivas de Rusia y Austria-Hungría, alteran la unánime defensa del orden geopolítico de 1871.

- *La carrera de armamentos no se detiene*, aunque el objetivo sea la paz y el potencial militar se incrementa de año en año.

- *El conflicto comercial* en una coyuntura depresiva se añade a las tensiones balcánicas y a los recelos del potencial militar de los vecinos. Esta pugna económica lleva a la resurrección del proteccionismo, que terminará en prácticas de *dumping* o guerra de precios.

2. OBJETIVOS DE BISMARCK

Hasta 1871 la política exterior del canciller prusiano ha sido ofensiva; es conocida su expresión -por el hierro y por la sangre., para indicar que no se detendrá en medios. Conseguida la unidad de Alemania pasa a ser defensiva, mantenedora del orden político y territorial del continente, y sus esfuerzos se orientan a evitar cualquier cambio en Europa que pudiera afectar a la posición ventajosa del joven Imperio. De aquí que no carezcan de fundamento las tesis de que Bismarck como canciller imperial es un pacifista, el máximo -arquitecto de la paz, en su tiempo. Pero las complejidades propias de las relaciones internacionales le obligarán a complicadas maniobras diplomáticas que a veces bordean la guerra.

Para la consolidación del mapa político continental el objetivo primero será el aislamiento de Francia. La nación vencida ha sufrido una amputación territorial importante con la pérdida de Alsacia y Lorena, y en consecuencia debe impedirse su alianza con otras potencias y vigilar su recuperación militar para obstaculizar cualquier actitud revanchista. A pesar de algunas oscilaciones la política exterior de Bismarck tendrá en todo momento como referencia principal el aislamiento de París, sin perjuicio de alternar una política dura (1871-1875) Y otra conciliadora (1877-1885), para volver a la tirantez (1886-1889). Frente al Estado Mayor germano, que deseaba prolongar la ocupación del territorio francés, Bismarck prefería el rápido pago de las indemnizaciones de guerra y la consiguiente evacuación, porque la ocupación despertaba la simpatía internacional por el vencido.

Al sobrevenir en 1873 la caída de Thiers, Bismarck recela del ascenso de Mac Mahon,

por sus tendencias monárquicas y su catolicismo, entendiendo que la restauración monárquica en Francia facilitaría a París una política de alianzas. Aislamiento de Francia, por tanto; éste será el objetivo primero y permanente.

Nación recién llegada, Alemania, al concierto de las naciones, y necesitada de prestigio, ha de asumir iniciativas de árbitro. Si en otro tiempo fue Viena, en 1815, la sede de los Congresos, bajo la batuta de Metternich, y más tarde París, en 1830 y 1848, el foco de los acontecimientos continentales, y en los años siguientes Napoleón III el piloto de la política europea, en estos años Bismarck convierte a Berlín en el centro de las grandes asambleas (Congreso de Berlín en 1878 sobre la cuestión balcánica, Conferencia de Berlín de 1884-1885 sobre el reparto de África).

Para aislar a Francia y hacer de Berlín centro de gravedad de la vida internacional, Bismarck procede a elaborar complicadas construcciones diplomáticas, que en seguida examinaremos. Pabón afirma que Bismarck trata de evitar la conjunción de un gran poder marítimo (Gran Bretaña) con un gran poder continental (Rusia), que con la presunta enemistad francesa forjaría un círculo terrible en torno a Alemania. Es una forma sencilla de dibujar un programa, quizás esquemática en exceso, o formulada a partir de la evolución de los acontecimientos en el período posbismarckiano, cuando la nación aislada, Francia, y las dos separadas, Gran Bretaña y Rusia, se unen en la Triple Entente. Lo asombroso es que, sin tener nada que ofrecer, Bismarck consiguió mantener a Francia aislada; a Inglaterra, amiga; a las probables antagonistas mutuas, Austria-Hungría y Rusia, aliadas. Pero esta laboriosa construcción diplomática tuvo su precio: Francia derivó su energía a la consolidación de un imperio colonial, Inglaterra disfrutó cómodamente de su supremacía oceánica e imperial, Austria-Hungría y Rusia terminaron rompiendo y enfrentándose. Tras la caída de Bismarck en 1890 su obra se desmoronó. Que fuera incapacidad de sus sucesores o simplemente el reconocimiento de que las acrobacias diplomáticas no pueden enmascarar las contradicciones más que por un período corto, es un dilema que ha merecido diversas respuestas.

3. PRIMER SISTEMA BISMARCKIANO

A la primera construcción diplomática de Bismarck se ha denominado también sistema de los Tres Emperadores, porque el eje será la alianza Berlín-Viena-San Petersburgo. El primer paso, que supone el cambio de las posiciones de dos decenios, es la *alianza entre Austria y Alemania*. Hasta 1871 Austria ha sido el principal obstáculo para la unificación germana y contempla con aprensión creciente el engrandecimiento de Prusia. En mayo de 1871, recién concluido el conflicto franco-prusiano y firmado el tratado de Frankfurt, el canciller austrohúngaro Beust, comprendiendo que debe aceptar la existencia de Alemania y conseguir su apoyo para mantener la armonía con Rusia, inicia la aproximación a Bismarck, y en la larga entrevista de ese verano en Gastein se sientan las bases para la alianza. La posterior sustitución de Beust por Andrassy no cambiará este entendimiento, que constituirá uno de los ejes de las relaciones internacionales hasta 1914. Bismarck propone en Gastein el mantenimiento de la situación política del continente y una acción coordinada contra la Internacional, cuyo peligro se ha hecho patente en la Comuna parisina; Beust, por su parte, recaba el apoyo de Berlín para el avance hacia el sudeste europeo, en el momento en que se está estudiando la prolongación de la vía férrea que permitiría la salida de la red austriaca en dirección a la costa. Rusia había solicitado discutir el estatuto del Danubio en 1870; ahora Gortchakov comprende que puede ir más lejos y plantear la cuestión de la Besarabia, que le ha sido seccionada en el tratado de París, en 1856, como consecuencia de la guerra de Crimea.

La reunión de los tres Emperadores, Guillermo I (Alemania), Francisco José (Austria-

Hungría) y Alejandro II (Rusia), en Berlín en septiembre de 1872, abre extensas entrevistas entre Andrassy y Gortchakov, con el apoyo de Bismarck, que culminarán en el acuerdo político y militar de 1873, denominado de *los Tres Emperadores*. A él se ha llegado tras constatar que existe coincidencia en el objetivo social de frenar la revolución obrera; que persisten nacionalidades descontentas (polacos, checos), peligrosas para los imperios; que la tendencia expansionista rusa hacia el espacio danubiano sólo es factible si se cuenta con la aquiescencia de Berlín. Las diferencias que pudieran obstaculizar el acuerdo, como las religiosas entre la católica Austria y la luterana Prusia, o las territoriales en la región del Danubio entre Austria y Rusia, fueron en ese momento menos fuertes que los intereses comunes. El acuerdo se completó con la convención militar firmada entre Rusia y Alemania, que preveía la ayuda de un ejército de 200.000 hombres en el caso de un ataque por otra potencia europea; alianza, por tanto, estrictamente defensiva. A continuación Alejandro II visita Viena y firma una convención de cuatro puntos que prevé las consultas entre los dos soberanos en caso de amenaza de una tercera potencia. El sistema era precario; los tres gobiernos obedecían a móviles diferentes. Alemania, al aproximarse a Rusia, busca desanimar cualquier conato de revanchismo francés; Rusia rubrica el acuerdo exclusivamente para evitar una aproximación estrecha Berlín-Viena y posibilitar su expansión balcánica; Austria-Hungría para satisfacer a Bismarck y tener las espaldas cubiertas en su avance hacia el sur.

La escasa coherencia del sistema se descubre en la falsa alarma de 1875. Ciertas medidas de recuperación militar de Francia, acompañadas de una belicista campaña de prensa, generan la tensión franco-alemana e inmediatos sondeos de los dirigentes. Decazes y Bismarck, para conocer la posición de las potencias. Disraeli, partidario de la estabilidad y la paz en el continente, aconseja moderación a Bismarck; Alejandro II acude, acompañado de Gortchakov, a Berlín, para impedir que Bismarck inicie una guerra preventiva, aclarando que el acuerdo de los Tres Emperadores, meramente defensivo, no comprometía a San Petersburgo y que Moscú no admitiría el aplastamiento de Francia, actitud que inclinará a Bismarck a modificar su política frente a París -puesto que no ha podido impedir la resurrección militar de Francia es preferible iniciar una cierta distensión- y frente al régimen zarista, reconociendo la precariedad de la alianza de los emperadores.

Más grave para el sistema va a ser el conflicto balcánico que ya hemos examinado en la Cuestión de Oriente. Recordemos que después de consagrar el tratado de San Estéfano (marzo de 1878) la preponderancia rusa en los Balcanes, el Congreso de Berlín (julio de 1878) la reduce sensiblemente, dividiendo la Gran Bulgaria en dos partes y asignando la meridional, Rumelia, a la autoridad administrativa del sultán turco; reconociendo la administración provisional de Bosnia-Herzegovina por Viena y su derecho a mantener guarniciones en el Sandjak de Novi-Bazar, sobre la ruta de Salónica; aceptando el derecho de expansión griega por la Tesalia y la posesión de la Dobrudja por Rumania, entre otras cláusulas, que en conjunto reflejan el propósito inglés y alemán de impedir la supremacía rusa en aquel espacio estratégico. La hostilidad rusa hacia los austriacos, que han conseguido posiciones claves, aumenta. La alianza de los tres emperadores queda herida, y Bismarck se ve precisado a montar otro mecanismo diplomático.

4. SEGUNDO SISTEMA BISMARCKIANO

Cronológicamente, el nuevo sistema de alianzas se apoya en tres acuerdos: tratado austroalemán (1879), acuerdo secreto austro-germano-ruso (1881). Triple Alianza entre Alemania, Austria-Hungría e Italia (1882).

Si en el primer sistema bismarckiano se ha concedido igualdad de trato a Viena y

San Petersburgo. Berlín opta ahora por la alianza austriaca, y el *tratado austroalemán* que se firma en octubre de 1879 traduce de manera literal, sin perífrasis, el entendimiento anti-ruso de las dos potencias. Tras las tensiones balcánicas, Andrassy reclama que el texto se oriente contra Rusia, a pesar de la oposición del emperador Guillermo I, quien recordando su amistad personal con Alejandro II intenta evitar la firma, y ante la amenaza de dimisión del canciller y su gabinete se ve precisado a aceptarlo. El acuerdo prevé la asistencia militar en caso de ataque ruso y solamente la neutralidad benévola en el supuesto de conflicto con otra potencia. La ruptura con el sistema de los *Tres Emperadores* no puede ser más frontal. En principio Bismarck había solicitado un tratado general de alianza pero Andrassy no estaba dispuesto a comprometerse en un posible choque franco-alemán ni deseaba que en París se leyera la alianza Viena-Berlín como una amenaza.

En ese momento la soledad de Rusia es total, y el nuevo canciller, Giers, que sustituye a Gortchakov, inicia las primeras gestiones para retomar al seno de una entente con austriacos y alemanes. Con el asesinato de Alejandro II y la subida al trono zarista del ultraconservador Alejandro III, Bismarck comprende que es más fácil rehacer una Santa Alianza del orden para luchar contra los peligros del terrorismo y del socialismo. De esta manera, por deseo de alemanes y rusos, se firmará un nuevo *tratado germano-austro-ruso* en Berlín en junio de 1881. ¿Se ha reconstituido la *Alianza de los Tres Emperadores*, del año 1873? La situación es diferente y el tratado es menos ambicioso en sus cláusulas. No se trata de una alianza militar; los tres consignatarios se comprometen a una neutralidad benévola en caso de ataque de una cuarta potencia; Berlín piensa en París y San Petersburgo en Londres. Por otra parte, aceptan subordinar cualquier modificación del estatuto territorial balcánico a un acuerdo común lo que pone teóricamente en manos de Bismarck el cierre de la expansión de sus aliados. Un protocolo adicional precisa que Austria-Hungría podría anexionarse Bosnia-Herzegovina, mientras los objetivos rusos quedan más difusos. Otra limitación, que recoge las dificultades de elaboración, es que el tratado se firma por sólo tres años. No es, por tanto, una segunda alianza de los Tres Emperadores. Viena tiene motivos para sentirse satisfecha, ya que se reconoce su orientación balcánica; Rusia, por el contrario, se vería obligada a dirigir su expansión hacia Asia. Certeramente señala Girault: «Este sistema no podía verdaderamente funcionar más que si Austria-Hungría y Rusia buscasen su expansión en zonas diferentes». Y no es lo que va a ocurrir.

El último eslabón en la cadena de alianzas que prepara Bismarck es el tratado secreto germano-austro-italiano de mayo de 1882, signado en Viena. Parecía difícil que Italia pudiera aproximarse a Austria; en el orden territorial, Roma reclama todavía territorios irredentos, en el orden religioso la tensión de la República italiana con la Santa Sede podría provocar problemas con la católica Austria. Son los conflictos con París los que finalmente inclinan a los italianos a este entendimiento poco antes impensable. En Túnez creía Italia tener un campo de expansión colonial, cuando inesperadamente es ocupada por los franceses; en la región marsellesa viven 50.000 italianos, que compiten salarialmente con los obreros franceses y son hostilizados. La opinión pública italiana comprende que es en Berlín donde puede encontrar un aliado. A esta coincidencia de enemistad hacia Francia se añade un aspecto ideológico; el rey Humberto, que ha subido al trono en 1878, estima menos importante la recuperación de las tierras irredentas que la lucha contra anarquistas y socialistas, y por tanto conviene la aproximación a los imperios centrales, símbolo del orden. Así, se desemboca en el tratado secreto de la *Triple Alianza* entre Alemania, Austria-Hungría e Italia. Alemania e Italia se ayudarían en caso de que una de ellas fuera atacada por Francia; los tres estados se deberían asistencia mutua en caso de ataque por otras dos potencias. y neutralidad benévola si cualquiera de ellos decidiera, en una acción preventiva,

iniciar un ataque contra otra nación. De la lectura de las cláusulas se deduce que Austria se ha negado a comprometerse en una alianza antifrancesa y que Italia ha conseguido salir de su aislamiento. La alianza se firma por cinco años pero se renueva sucesivamente hasta 1915, siendo uno de los ejes del sistema diplomático europeo hasta la Primera Guerra Mundial.

En 1882 Bismarck ve cumplidos todos sus objetivos. Francia se encuentra aislada; el estatuto territorial de Europa. Garantizado por renunciaciones recíprocas Austriacas, italianas y rusas; el carácter defensivo de los acuerdos responde al designio bismarckiano de paz europea; los imperios coinciden en su calidad de gendarmes del orden.

5. EL COMPONENTE COLONIAL

El canciller germano concentró su atención en el equilibrio del continente, cuando las restantes grandes potencias orientaban su actividad hacia la formación de un imperio colonial. ¿Descuidó Bismarck este aspecto definidor de su época? Aquí nos interesa tocarlo sólo de manera sumaria, en cuanto componente del papel que Alemania debía desempeñar, según la concepción del canciller. Inicialmente Bismarck se declaró reacio a las empresas coloniales porque Alemania no disponía de un potencial naval para controlarlas. Por otra parte, mientras otras potencias consideraban la actividad colonizadora como una espita para aliviar su presión demográfica, Bismarck contemplaba con recelo las migraciones y consideraba que una población numerosa en la metrópoli era indispensable para mantener el papel de grande. Las ventajas económicas tampoco eran tan evidentes como para sumergirse en una empresa de enorme costo. Y, sobre todo, la amistad con Inglaterra, requisito inesquivable para la organización diplomática del continente, podía enfriarse si surgían tensiones coloniales extraeuropeas con Londres. No obstante, no podía ignorar las peticiones que desde los años 60, comerciantes de Hamburgo y Bremen, formulaban para realizar empresas en ultramar.

A finales de los años 70 la crisis económica, las tensiones sociales y una presión mayor de algunos sectores, con la publicación del libro de Fabri *¿Necesita Alemania colonias?*, y el nacimiento de algunas asociaciones (la Sociedad Colonial, por ejemplo), inclinaron al canciller a revisar su postura, aunque señalando de antemano que debería tratarse de una expansión limitada y que no supusiera compromisos financieros para el Estado.

Cuatro zonas resumen la actividad colonizadora alemana: en el golfo de Guinea se regularizan las factorías de comerciantes hanseáticos con el protectorado de Togo y Camerún; en el sudoeste africano se proyecta la explotación de minas de cobre; en África oriental, por iniciativa del publicista Carl Peters, se recorren las regiones situadas frente a la isla de Zanzíbar; en Oceanía, tras una viva competencia con norteamericanos e ingleses, se proclama la soberanía sobre el nordeste de Nueva Guinea y el archipiélago de Nueva Bretaña, al que se denominará de «las Bismarck», y posteriormente sobre las Marshall y las Carolinas, aunque en éstas se aceptó el arbitraje del Papa, que confirmó la soberanía española.

En 1884-1885 la Conferencia de Berlín define los derechos a la colonización y regula los dominios sobre las cuencas de los grandes ríos, y en especial sobre la del Congo. En ese momento. Bismarck se erige en árbitro de las grandes cuestiones de la colonización. Pero la intensa actividad colonizadora germana de los años 84 Y 85 había producido el enfriamiento de las relaciones con Londres y la aproximación Londres-París, y el canciller decide paralizar el proceso, que no se reanuda hasta los años noventa, tras su desaparición política. Se comprueba, por tanto, cómo el sistema internacional bismarckiano se circunscribe en una óptica continental, y que la expansión mundial es desechada en el momento en que amenaza acabar con la soledad francesa.

6. FISURAS y RUINA DEL SISTEMA DIPLOMÁTICO DE BISMARCK

El andamiaje diplomático montado por Bismarck era excesivamente complejo y algunos de los signatarios de las alianzas montadas por Berlín tenían intereses encontrados; tales eran los casos de Rusia y Austria-Hungría en los Balcanes, y en menor medida de Italia y Austria-Hungría en el Adriático. La preeminencia austriaca en los Balcanes, después del Congreso de Berlín de

1878, tenía que provocar la inquietud rusa. Viena penetra sucesivamente en Bosnia, Serbia y Bulgaria. Austria-Hungría había obtenido la administración provisional de Bosnia-Herzegovina, y pronto, y a pesar de los sentimientos populares eslavófilos del pueblo serbio, las autoridades de Belgrado firmaron acuerdos con las vienasas para el libre paso de mercancías y la construcción de las vías férreas necesarias para el enlace con Constantinopla y Salónica. En 1882, el príncipe Milan Obrenovich obtiene el reconocimiento del título de rey, y Serbia se convierte en un reino protegido por Austria-Hungría. En 1886 se ofrece la corona de Bulgaria a Fernando de Sajonia-Coburgo, considerado un vasallo de Austria, y el dictador Stambulov orienta decididamente al país hacia el entendimiento con las monarquías centrales. Rusia pierde todo apoyo en los Balcanes; el sistema de los *Tres Emperadores* está sirviendo los intereses de Austria-Hungría.

En marzo de 1887 se cumplía el plazo de vigencia de la Triple Alianza, y un mes antes se procede a su renovación, ahora con un carácter más ofensivo y con algunas concesiones a Italia, que la vinculan más fuertemente a sus aliados: compromiso alemán de ayuda militar en caso de un conflicto con Francia en el norte de África, compromiso austriaco de ofrecer compensaciones si se modificaba el *statu qua* de los Balcanes en beneficio de Viena. Así se va dibujando la situación diplomática de los primeros años del siglo XX, hasta 1914; mientras Roma se ancla en el eje Berlín-Viena, San Petersburgo se desengancha progresivamente de sus antiguos aliados.

Todavía efectúa Bismarck un último intento de afirmación de la alianza rusa. Al no poderse renovar el tratado de los Tres Emperadores, ante la incompatibilidad de intereses de Viena y San Petersburgo, Bismarck firma en secreto el denominado tratado de reaseguro de 1887, que estipula la neutralidad rusa si Francia ataca a Alemania y la neutralidad alemana si Austria-Hungría ataca a Rusia, y el apoyo diplomático de Berlín a Rusia en la cuestión búlgara. La fragilidad del acuerdo, o sus escasos beneficios para los intereses zaristas, que casi al mismo tiempo contemplan impotentes su ruptura con Bulgaria, anuncia el final del sistema bismarckiano.

Es el momento de recapitular las grandes directrices de la política internacional del «canciller de hierro». Bismarck ha apoyado su obra diplomática en tres pilares:

- *Alianza con las potencias de la Tríplíce* (Austria-Hungría e Italia). La amistad con Viena supone un auténtico viraje; la incorporación de Roma, el aplazamiento de las reivindicaciones territoriales italianas. Fue un acuerdo firme, pero en la Primera Guerra Mundial Italia no apoyará a los imperios centrales y terminará uniéndose a los aliados precisamente por sus viejas aspiraciones adriáticas;

- *Armonía con Londres*. Era indispensable; el costo, una política colonial prudente. Esta concordancia se rompe en el momento en que el engrandecimiento económico de Alemania le convierte en rival de Gran Bretaña;

- *Amistad con Rusia*. Aquí reside la gran contradicción, no se podía ser a un tiempo socio de Viena y San Petersburgo. El genio de Bismarck brilla en sus maniobras para mantener vigente el tratado de los Tres Emperadores, pero ya en los últimos años se

estrechan las relaciones financieras entre Rusia y Francia, y en 1891. un año después de la caída de Bismarck, se firma la entente cordial franco-rusa. En ese momento se puede decir que se ha venido abajo todo el entramado bismarckiano.

La obra de Bismarck ofrece dos vertientes en resumen de René Girault: la geopolítica y la ideológica. En cuanto a la primera, Alemania se esfuerza en impedir la guerra en dos frentes, la conjunción del enemigo tradicional, Francia, con el imperio de los zares; su mayor problema es la colisión de intereses balcánicos entre Austria-Hungría y Rusia. Desde el punto de vista ideológico Berlín es símbolo de la ideología conservadora, monárquica, defensora del orden; en contraposición, la III República francesa representaría el nuevo orden, el laicismo, los peligros de la revolución. Lo mismo que Mettemich en los primeros decenios del siglo XIX, el canciller prusiano se esforzó en presentar a Francia como la gran amenaza para Europa, aunque en el fondo sus posturas se inspiraran en intereses nacionales.

Texto extraído de la Historia Universal Contemporánea de Antonio Fernández.
Editorial Vicens Vives. Págs. 372-381.
Barcelona, 2000.